

El cuerpo del capitán Prat fue sacado del muelle envuelto en una sábana blanca y luego puesto sobre una carretilla con ruedas de madera. Seguidos por una decena de curiosos, los dos marineros que lo cargaban hicieron a tropezones el trayecto entre la rampa de descarga y la puerta de la aduana, pues al tiempo que esquivaban charcos de agua aceitosa y acopios de trastos de metal, cada vez que se detenían frente a los encordados que les cerraban el camino o pasaban sobre redes pesqueras esparcidas como trampas, también debían ocuparse de quienes intentaban levantar la sábana que cubría el cadáver. Todos querían saber si era verdad eso de que el comandante de la Esmeralda había muerto de un balazo en la cabeza.

Sacar el cuerpo del teniente Ignacio Serrano les había tomado a los marineros no más de cinco minutos –a lo sumo levantaron de una patada

a un perro que olisqueaba el bulto con insistencia—, pero ahora iban a enterar quince sin siquiera cumplir con la mitad del recorrido. Bastó que alguien hubiese anunciado a los gritos que por este lado estaban sacando a los muertos para provocar la aglomeración; y así como en el otro extremo del embarcadero dotaciones completas custodiaban el lento traslado de los prisioneros rescatados tras el hundimiento de la Esmeralda, acá no había más que dos viéndoselas con un tumulto que de pronto bordeó los treinta.

—¡Salgan, carajo, que vamos a disparar! —advertían, pero no hubo caso: la gente no se iba y a cada tanto alguien volvía a levantar la sábana para dejar a la vista, si no los botines negros, bien una mano o parte de la chaquetilla con que habían cubierto el rostro del capitán.

—Le han reventado la cabeza; lo han malogrado de un tiro en la frente —dijeron algunos al ver que la sangre seca había teñido la tela que envolvía a Prat desde la nuca hasta el pecho.

La gente que esa tarde llegó al embarcadero parecía no contentarse con ver con sus propios ojos

que, efectivamente, después de más de cuatro horas de combate, el Huáscar estaba intacto; muchos querían saber quiénes eran esos chilenos que se atrevieron a enfrentarlo, quiénes eran esos casi sesenta sobrevivientes de los más de doscientos hombres que había en la Esmeralda antes de la batalla; casi sesenta, entre ellos varios heridos y otros que trataron de escapar mar adentro cuando del Huáscar descendió media decena de botes de rescate.

De modo que mientras algunos iquiqueños no tenían más intención que abuchear a los vencidos, otros, en especial los extranjeros, optaban por el silencio ante la escena, y con mayor razón cuando desde la pasadera del Huáscar asomó inesperadamente una nueva carretilla, pero ahora, en vez de otro cadáver, los marineros bajaban a un hombre vivo; alguien a quien el dolor hacía lanzar tantas patadas y manotazos bajo la sábana que se necesitaron dos nuevos camilleros para evitar que rodara por la escalinata.

—¡Déjenme! ¡No me toquen! —bramaba, y por momentos dio la impresión de que los marineros realmente no se atrevían a tocarlo. Luego se sabría que, más que no atreverse, no sabían por dónde.

El boticario Adolfo Gariazzo escuchó los gritos del marinero y apuró el paso entre los curiosos. Pero a ratos era tanta la gente apiñada que al italiano no le quedó más remedio que ayudarse con lo único que tenía a mano.

—A ver, señores; permiso, por favor —decía, empujando con su maletín puesto a la altura del pecho a modo de coraza.

Desde que lo fueron a buscar a su botica, pasado el mediodía, Gariazzo no había tenido un minuto de descanso. No lo tuvo antes, en pleno combate, cuando una granada arrancó de cuajo el letrero de su tienda, ni menos después, a la hora de iniciar la atención de los contusos. De manera que a esa hora de la tarde todas las heridas y todos los marineros no podían sino resultarle idénticos. En este caso, sin embargo, le bastó una rápida mirada para saber que se trataba de una excepción.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el boticario, tratando de disimular el asombro.

—Sargento segundo Juan de Dios Aldea.

El marinero, que estaba tendido de espaldas, con la visera de su gorra pegada a la frente, de pronto

abrió los ojos y por un momento el italiano creyó que sonreía.

—Con ese nombre, no más, alguien aguanta doce balas en el cuerpo —le dijo, y luego hizo que le dieran una jarra con tres medidas de coñac y una de aguardiente.

Gariazzo pidió que apenas el alcohol comenzara a hacer efecto lo llevaran al hospital. Allí habría de revisarlo con mayor detenimiento.

A varios metros de donde estaban, en tanto, dentro de la oficina de administración de la aduana, el prefecto Juan Buendía autorizaba, al menos por esa noche, que los cuerpos de Prat y Serrano fueran llevados a la morgue. Si ya había sido mala idea que el Huáscar recalara en ese muelle, peor resultó exponer los cadáveres de los chilenos a los curiosos.

—Mañana veremos qué se hace, pero les advierto que no podemos tenerlos guardados por mucho tiempo —fue lo último que dijo antes de ponerse de pie.

Minutos después se abría la puerta de la oficina y los marineros que custodiaban los cuerpos

20

se cuadraban frente al prefecto, luego ante los dos capitanes y finalmente con el comandante Miguel Grau. Los cuatro pasaron delante de las carretillas en completo silencio.

El boticario Adolfo Gariazzo volvió a ver al sargento Aldea esa misma noche. Antes pasó por su farmacia, donde recogió algunos frascos con pomadas cicatrizantes, además de otros implementos. Cuando entró en el hospital del puerto, en la mano derecha llevaba su maletín y en la izquierda una garrafa de aguardiente mezclada con sales analgésicas. Los guardias que lo vieron entrar dirían después que dentro del botellón había un líquido «celestes o azul» del que salían «burbujas como de jabón».

El italiano había llegado a Iquique a mediados de 1870 y de inmediato se hizo conocido en el puerto gracias a su botica Roma, una de las tres que había en la ciudad. Especialista en hemostasia y preparados anestésicos, fue siempre un entusiasta colaborador del hospital, donde frecuentemente era requerido para algún consejo o bien para la donación de medicamentos. Tanto respeto le tenían que,

nada más verlo, los guardias se cuadraban a su paso, pero a diferencia de otras veces, cuando incluso se detenía a conversar, esa noche el boticario apenas les contestó el saludo y se encaminó rápidamente a la sala donde estaba Aldea.

La mezcla que le había dado a beber en el muelle de la aduana había hecho su trabajo, y el chileno al menos ya no se retorció de dolor. Así Gariazzo pudo volver a revisar las perforaciones que tenía a un costado del cuello, en los hombros, en ambas rodillas, en la cara posterior del muslo derecho, en el brazo izquierdo y en los empeines. En casi todas había salida de proyectil.

El boticario aún no terminaba su inspección cuando apareció en la sala el cirujano José Ego-Aguirre. Venía de revisar a los otros siete heridos chilenos recogidos por el Huáscar. Ambos se saludaron con un breve arqueado de cejas y de inmediato confirmaron el diagnóstico sobre el sargento: la peor de todas las heridas era la del brazo izquierdo: las balas, además de romper nervios y canales venosos, habían astillado el hueso en tres partes y no había más remedio que amputar. Hubieran tomado

la misma decisión con su pierna derecha, pero el paciente había perdido tanta sangre que no estaba en condiciones de resistir. De hecho, pensaban que si el primer procedimiento tenía éxito sería únicamente porque se trataba de un hombre sano y de buena musculatura. Juan de Dios Aldea tenía veintiséis años.

Ego-Aguirre y Gariazzo discutieron preliminarmente sobre el lugar más adecuado para efectuar el corte. También hablaron de los mejores instrumentos y técnicas conforme el estado de la extremidad. Tan concentrados estaban que ninguno notó cuando Aldea abrió los ojos; hacía rato que escuchaba atento la conversación.

—¿Tan mal estoy? —preguntó de pronto.

Ego-Aguirre se echó hacia atrás de un salto y Gariazzo por poco no bota al suelo la lámpara a parafina que tenía a un costado.

Los ojos de Aldea recorrieron lentamente la sala, como sólo podría hacerlo un animal indefenso, entregado a la voluntad de otros; luego se clavaron en los del italiano.

—Avisen a mi Remigia, avisen a Chillán...

—Así será. Pero ahora, tranquilidad —contestó el boticario, intentando recomponerse del susto.

Ego-Aguirre notó el desaliento del italiano y quiso animar al chileno.

—Hasta ahora usted ha resistido bien..., verá que sale de ésta.

—Ojalá.

El doctor le dio a beber un nuevo jarro de aguardiente, esta vez mezclada con el preparado que llevó el italiano, además de un puñado de hierba del toro. Al notar que Aldea se sentía mejor, se atrevió por fin a preguntarle lo que llevaba tratando de averiguar apenas lo recibió en el hospital.

—¿Y se puede saber qué diablos hizo para recibir tantos balazos?

Aldea apretó el entrecejo y lo miró con severidad. Pero aquel gesto no implicaba reproche, sino más bien el esfuerzo que le significaba recordar.

—Fui el que saltó con el capitán Prat —dijo.